

Leyendo lo virtual. Anotaciones en torno a la virtualidad de la escritura

Iñigo Galzacorta Muñoz

Universidad del País Vasco
Departamento. de Filosofía

Resumen

La categoría de lo virtual ha servido en los últimos años para caracterizar las transformaciones de la experiencia ligadas a la emergencia de las nuevas tecnologías de la información. El objetivo fundamental de este artículo radica en defender que la escritura, en tanto que primera técnica de la información, instituye como tal gran parte de las singularidades ontológicas que convierten a lo virtual en objeto de interés filosófico. Para ello, distingo tres usos del término virtual y examino su relación con el fenómeno de la escritura. Concluyo reflexionando acerca de la relación del hipertexto con el problema de la lectura filosófica de textos.

Palabras clave: virtualidad, teoría de la escritura, teoría de la lectura, hipertexto.

Abstract. *Reading the virtual. Remarks on the virtuality of the writing*

In the last years the category of the virtual has characterized the transformations of the experience connected to the development of the new information technologies. The basic aim of this paper is to argue that writing, as the first information technology, institutes many of the ontological singularities that turn the virtual into a philosophical interesting subject. For that, I distinguish three uses of the term virtual and analyse their relation with the phenomenon of writing. I conclude reflecting on the relation of hypertext with the question of philosophical reading of texts.

Keywords: virtuality, theory of writing, theory of reading, hypertext.

A lo largo de los últimos años la categoría de lo «virtual» se ha venido constituyendo como un ámbito destacado para la reflexión filosófica. No en vano, todas estas nuevas experiencias, todas esas transformaciones de la experiencia –incluso quizás podríamos decir transformaciones de las condiciones de posibilidad de la experiencia– que se asocian a la cuestión de lo «virtual», no sólo acarrearán implicaciones de corte sociológico, económico o político, sino también, y esto es a priori lo que convierte a lo virtual en objeto de interés filosófico, dichas transformaciones poseen implicaciones de hondo calado ontológico y

epistemológico. En este contexto, parece haber cierto acuerdo en vincular este ámbito de lo «virtual» al imparable desarrollo en las últimas décadas de las tecnologías de la información. Sin embargo, más allá de esto, creo que estaréis de acuerdo conmigo si afirmo que el uso que se viene haciendo de este término está marcado por una importante falta de distinción, por una importante y creciente ambigüedad¹.

En lo que sigue voy a distinguir tres usos que se han hecho del término «virtual» en tanto que objeto de interés filosófico, o siendo más precisos, tres dimensiones filosóficamente relevantes que se han querido caracterizar a partir del uso de dicho término. Posteriormente examinaré la relación entre estas tres dimensiones y lo que se puede considerar la primera «técnica de la información», es decir, la escritura. Como veremos, muchas de las singularidades ontológicas de este «mundo virtual» que hoy en día se convierte en objeto de interés filosófico están ya presentes, de forma más o menos visibles, en la aparición de la escritura como técnica de fijación, elaboración y transmisión de la palabra hablada. Es decir, que ese «mundo virtual» que hoy más que nunca despierta la atención del filósofo queda de algún modo ya instituido con la aparición de la escritura. De este modo, defenderé la necesidad de vincular, en diferentes niveles y perspectivas, la reflexión acerca de la «virtualidad» con una reflexión general acerca del fenómeno de la escritura, esto es, con una ciencia de la escritura, o, si queremos usar el término que Derrida popularizó, con una *gramatología*. Como veremos, a partir de la reflexión acerca de las similitudes y diferencias entre las técnicas que hoy tenemos por convencionales de la escritura (básicamente el alfabeto y el papel), y las nuevas tecnologías de la escritura (esto es, la escritura digital sobre soporte electrónico), se abren multitud de interrogantes y direcciones, que aquí apenas podremos indicar, en las que investigar acerca de la singularidad de las múltiples nuevas experiencias asociadas al ámbito de lo virtual.

Veamos, por tanto, cuáles son esos tres usos del término «virtual».

1 La ambigüedad a la que aludo puede comprobarse con una simple consulta a los diccionarios. Así, la RAE (*Diccionario de la lengua española*, 21ª edición) define como sigue el adjetivo ‘virtual’: «(Del lat. *virtus*, fuerza, virtud.) adj. Que tiene virtud para producir un efecto, aunque no lo produce de peresente. Ú. frecuentemente en oposición a efectivo o real. 2. Implícito, tácito. 3. *Fís.* Que tiene existencia aparente y no real. 4. *V.* foco, imagen virtual. 5. *Mec.* velocidad virtual». El sustantivo ‘virtualidad’ queda definido como «cualidad de virtual», mientras que del adverbio ‘virtualmente’ se dice: «De un modo virtual, en potencia. Ú. con frecuencia opuesto a actual o efectivamente. 2. Tácitamente, implícitamente. 3. Casi, a punto de, en la práctica, en la realidad». Por su parte, el siempre útil *Diccionario de uso del español* de María Moliner en su edición electrónica de 1996 define como sigue la voz ‘virtual’: (adj.). Se aplica a un nombre para expresar que la cosa designada por él tiene en sí la posibilidad de ser lo que ese nombre significa, pero no lo es realmente (*V.* «*posible»). 2. (física). Existente como supuesto físico necesario en la producción o desarrollo de un fenómeno, pero no con existencial real: ‘Foco [Imagen] virtual’».

1.- Lo virtual¹ frente a lo real: la producción tecnológica de sucedáneos

El primer uso que vamos a examinar es aquel en el que el término «virtual» es definido en oposición a lo «real». Un ilustrador ejemplo de este uso lo encontramos en el texto con el que Víctor Gómez Pin presentaba y justificaba teóricamente el tema del VII Congreso Internacional de Ontología: *De la caverna de Platón a internet: lo real y lo virtual*. En este texto, la cuestión de la «virtualidad», de lo «virtual», quedaba explícitamente asociada a «esa pluralidad de objetos que, siendo tecnológicamente contruidos, producen en los seres humanos impresión de realidad» (Gomez Pin 2006). Ciertamente, cabría hablar largo y tendido acerca de la expresión «impresión de realidad» en relación a los «objetos virtuales». Pues considerar una mera «impresión de realidad», por tanto algo no «plenamente real» a, pongamos por caso, una serie de píxeles agrupados en una pantalla en distintas formas y colores y «representando» un cuadro en una «visita virtual» a una pinacoteca, exigiría una larga serie de explicaciones acerca de la concepción de «realidad» que uno maneja. Así, por ejemplo, sería preciso plantear la cuestión de si y por qué el cuadro (es decir, pigmentos fijos sobre un lienzo «representando» a su vez, por ejemplo, una familia siendo retratada por un pintor que aparece reflejado en el cuadro) es tenido por algo «real» o, por el contrario, por una simple «impresión de realidad»; y si este último fuera el caso, si también el cuadro debería ser considerado, de forma consecuente, como un «objeto virtual».

Pero más allá de los problemas o dificultades que en ocasiones surgen a partir de la relación entre lo «virtual» y lo «real», lo que en nuestro contexto interesa es que en este primer uso que aquí comentamos, el término «virtual» sirve para caracterizar cierto tipo de copias, representaciones, imitaciones, sustitutos o sucedáneos que, producidos mediante artificios tecnológicos tratan de «sustituir» la experiencia producida por un objeto original, este sí verdaderamente real y que, sin embargo, en la experiencia virtual está *ausente*.

A este respecto podemos acudir una vez más al texto de Víctor Gómez Pin para encontrar un singular ejemplo de «virtualización», es decir, simulación o sustitución de una experiencia original mediante artificios tecnológicos. Allí se expone el proyecto de una «cata virtual» ideado por el Sindicato Interprofesional de Vinos de Borgoña con la que se quiere *suplir* artificialmente la *ausencia* de vinos originales. También en este sentido del término virtual podemos hablar de museos virtuales, cabarets virtuales, simuladores virtuales de vuelo o conducción.

Como señala Gómez Pin, estas experiencias están caracterizadas por una «falta o ausencia de lo substancial aristotélico», pues este tipo de experiencias virtuales «podrán vehicular abstracciones de las cosas, es decir, componentes separados por artificio, de la percepción concreta, pero nunca la percepción misma», de suerte que este tipo de experiencias virtuales «no nos deparan más que fantasmas», «abstracciones trasferidas a una superficie bidimensional», nunca la percepción concreta y sustancial del objeto real (Gomez Pin 2006).

Ciertamente, como ya hemos dejado entrever, cabría preguntarse si todas estas

caracterizaciones de lo virtual no podrían aplicarse también a cualquier tipo de «representación» artística o científica de un objeto dado. En este caso, habría que preguntarse qué es lo específicamente virtual, frente al original, en la representación de un cuadro en la pantalla de un ordenador ¿el carácter digital del mismo? ¿la mayor fluidez del mismo? ¿la posibilidad de representar otros sentidos?

En cualquier caso, y más allá de esto, tendremos ocasión de ver que este tipo de objeciones a una representación meramente abstracta de una realidad sustancial ausente se han venido planteando en repetidas ocasiones a la palabra escrita (que por otro lado constituye herramienta fundamental y principal del filósofo) frente a un habla plena y original.

2.- Lo virtual² frente a lo presencial: telépolis y el tercer entorno

Sin embargo, más allá del uso del término «virtual» para caracterizar todo este tipo de experiencias, o si queréis de imitación o sustitución de experiencias, en torno al fenómeno de la realidad virtual, es un hecho que en un sentido semánticamente más vago la categoría de lo «virtual» sirve para caracterizar de un modo genérico a toda esa serie de nuevas relaciones, comunicaciones, intercambio de datos, información o conocimiento que se inaugura en torno a las nuevas tecnologías de la información, y de forma más específica, en torno a internet. A esto alude Gómez Pin en su artículo cuando se refiere a la figura, según él novedosa, del «cosmopolita doméstico» (Gomez Pin 2006), es decir, aquel que es capaz de tener relaciones eruditas, o conocer países y culturas lejanas, sin necesidad de salir de su propia casa. A este respecto, un ejemplo ilustrativo en nuestro contexto es sin duda lo que se conoce bajo el rótulo de «universidad» o «campus virtual», categoría bajo la cual habría que hablar de fenómenos como las «clases virtuales», libros y bibliotecas virtuales, o conferencias y coloquios virtuales. Aunque también, conforme a este segundo uso del término, hoy en día se habla de la «banca virtual», de una «empresa virtual», etc.

Es preciso observar que si en el primer uso lo virtual se define en oposición a lo real, en el caso de este segundo uso la oposición en la que parece fundarse este término no es la de lo real, sino más bien la de *lo presencial*. Pues en efecto, en ningún caso podríamos decir que un coloquio o una clase virtual no son reales. El carácter virtual de éstos vendría caracterizado más bien por la *no presencia*, o al menos no presencia *física*, de los participantes y de los oyentes, del profesor y de los estudiantes.

Con ello, este segundo uso del término virtual refiere a aquello que Javier Echeverría ha denominado *telépolis* o *el tercer entorno* (Echeverría 1994). Para Echeverría lo esencial de la transformación impulsada por las nuevas tecnologías de la información radica en que «inauguran un nuevo espacio de interacción entre los seres humanos» (Echeverría 2000). Este nuevo entorno que según Echeverría se viene constituyendo en los últimos años se distingue frente a los anteriores entornos humanos, el primer entorno asociado al mundo

físico o natural, y el segundo entorno asociado al mundo urbano, justamente por lo que Echeverría denomina sus propiedades *topológicas* y *métricas*. Las nuevas tecnologías de la información transforman el «espacio», en un sentido estricto, de la relación entre los seres humanos. Tanto en el primer como en el segundo entorno, es decir, en los entornos en los que según esta conceptualización se habría desarrollado hasta el momento la historia humana, las relaciones entre los humanos se han basado en la corta distancia espacial y temporal entre los agentes. Sin embargo, la tecnologías que posibilitan la constitución de este nuevo espacio, de este espacio virtual, posibilitan el hecho de que «ya no estamos limitados a relacionarnos sólo con nuestros vecinos», el hecho de que ahora «podemos relacionarnos a distancia «sin necesidad de estar en un mismo local o territorio» (Echeverría 2000). De aquí que Javier Echeverría utilice el término *telépolis* para caracterizar este nuevo mundo de relaciones a distancia. En este sentido, una conferencia virtual sería una *teleconferencia* y un coloquio virtual un *telecoloquio*.

Como tendremos ocasión de ver, si este tercer entorno se distingue de los anteriores porque en estos últimos las relaciones entre los seres humanos son siempre y solamente presenciales, es entonces la escritura lo que permite por primera vez este tercer entorno, estas relaciones entre seres humanos marcadas por la distancia o, lo que es lo mismo, por una suerte de no presencialidad.

3.- Lo virtual³ frente a lo actual: realización y problematización

El tercer uso del término virtual que aquí vamos a examinar es el más peculiar. Este uso no está relacionado, o al menos no lo está de forma directa y evidente, tal y como era el caso del primer y segundo uso, con las nuevas tecnologías de la información, ni siquiera con la técnica en general. Sin embargo, apunta a una cuestión que a mi juicio está, o al menos creo que debería estar, íntimamente ligada al problema de la escritura, al problema del texto, de nuestra relación con el texto. Y esto, tanto desde el punto de vista de la producción de textos como desde el punto de vista de la interpretación o lectura de los mismos. Además, y esto es lo que justifica la atención que aquí vamos a dedicar a este tercer uso, plantea interrogantes de cierto calado en relación al paso de la escritura alfabética convencional sobre papel a la escritura digital sobre soporte electrónico.

En este tercer uso se intenta reflexionar acerca de y recuperar el sentido original del término «virtual». Es bien sabido que «virtual» proviene del término latino *virtus*, esto es, ‘fuerza’, ‘potencia’. Es en la escolástica de la baja Edad Media cuando se elabora el neologismo ‘*virtualiter*’ como término técnico para nombrar aquello que es «en potencia», frente a aquello que es ‘*actualiter*’, es decir, «en el acto». A partir de este sentido original, autores como Deleuze en *Diferencia y repetición* o, inspirado en éste, Pierre Levy en *¿Qué*

*es lo virtual?*², toman este término en un sentido preciso como aquello que se opone a lo actual, y no a lo real ni a lo presencial. Estos autores distinguen explícitamente entre la oposición virtual-actual y la oposición posible-real. En este segundo caso, aquello que es real y aquello que es posible son idénticos en el concepto, sólo se diferencian en la existencia, en la realidad de lo real, pero no en el concepto o la forma misma del objeto posible o real. La diferencia entre uno y otro radica sólo en el paso de la no-existencia a la existencia. Pero en ambos casos la forma del objeto o su concepto permanece idéntico³. En cambio, estos autores destacan que en el caso de la oposición virtual y actual, el paso de uno a otro no radica tan sólo en el paso de la no existencia a la existencia, sino que toda *actualización*, todo paso de lo virtual a lo actual, supone cierta transformación, esto es, cierta resolución de tensiones, conflictos, problemas, etc. Con ello, se refieren por ejemplo a procesos de evolución tanto de individuos como de especies, en donde la actualización de aquello que estaba virtualmente supone la resolución, la respuesta de o a tensiones, problemas, conflictos. Así, por ejemplo, una semilla es virtualmente un árbol, pero el paso del árbol virtual al árbol actual no supone solamente el paso a la existencia de una forma ya decidida, sino la resolución de tensiones y conflictos que en cada caso dan lugar al árbol en cuestión, a un árbol diferente y singular. Como dice Deleuze, «lo virtual tiene la realidad de una tarea por cumplir, un problema por resolver», de suerte que «las cualidades y especies no se asemejan a las relaciones diferenciales que en cada caso encarnan» (Deleuze 1988). Sin embargo, es preciso advertir que, al menos hasta el momento, en este tercer uso del término virtual nos hemos referido a un proceso de *actualización*, esto es, a un paso de lo virtual a lo actual, mientras que lo que hasta el momento nos venía interesando, y aquello por lo que este congreso se pregunta, es justamente por el proceso inverso, esto es, por el proceso de *virtualización* de lo real, o en este caso deberíamos decir, de virtualización *de lo actual*.

Llegados a este punto es preciso que planteemos dos preguntas. 1) En primer lugar, ¿cabe hablar en relación a este tercer uso del término virtual de un proceso de *virtualización*? 2) Y, en segundo lugar, ¿cuál es la relación que habíamos anunciado entre lo virtual en este sentido y el fenómeno de la escritura?

En relación a esta segunda pregunta, todo aquel que en alguna ocasión se haya

2 Se trata de uno de los textos más citados cuando uno emprende desde Google y sin rumbo fijo una búsqueda del uso del término «virtual» en contextos filosóficos, aunque, es preciso decirlo, de decepcionante lectura.

3 Al respecto cfr. por ejemplo la explicación kantiana de la posibilidad y la realidad en tanto que categorías de modalidad. Pues en efecto, anota expresamente Kant, dichas categorías «no amplían en lo más mínimo el concepto al que sirven de predicado», de suerte que «aunque el concepto de una cosa esté ya completo, puedo seguir preguntando si ese objeto es simplemente posible, si es real o, en el caso de que sea real, si es incluso necesario». KrV A 219, B 266.

enfrentado a la tarea de escribir un texto sabe que, ciertamente, escribir es un proceso de *actualización*. El paso de la idea previa de un texto, por ejemplo de un artículo como éste, a su escritura efectiva, a su carácter *actual*, supone justamente hacer frente a multitud de tensiones, problemas, o conflictos por resolver, hasta actualizarse en una serie fija de significantes que conforman un texto en ningún caso idéntico a lo que era virtualmente. También desde esta oposición entre virtualidad y actualidad se puede decir que el proceso de lectura supone un proceso de actualización de un significado o un sentido virtual del texto. Pues también en la lectura de un texto debemos tratar de enfrentar unas palabras con otras, unas proposiciones con otras, de suerte que, de este modo, en la lectura de un texto debemos enfrentar y solucionar una serie de tensiones y problemas que el texto nos plantea para lograr *actualizar* el sentido o el significado del texto.

Aunque también es cierto, o al menos algo de esto podemos aprender de voces relevantes de la filosofía del siglo pasado, que una lectura especialmente atenta de un texto no se debería acomodar en una actualización del significado del mismo, sino antes bien descubrir en él problemas, tensiones y conflictos que subyacen al texto en su «actualidad». Podríamos decir, por tanto, conforme a la terminología que venimos adoptando, que en una lectura sería se trata entonces de *virtualizar* el texto, de señalar a todo aquello que da sentido al texto y sin embargo no está dicho en él, o al menos, no está explícitamente, actualmente, dicho en él. Se trata, si utilizamos la terminología de quienes mejor han desarrollado estas estrategias de lectura, de mostrar lo no-pensado en lo pensado, lo no-dicho en lo dicho⁴. Ahora bien, ¿cuál es la relación entre este tipo de *virtualización* de un texto y lo que habitualmente entendemos por un texto o un libro virtual, es decir, un texto en formato electrónico? Pero no vayamos demasiado lejos.

4.- La escritura y las dimensiones de la virtualidad

Nos habíamos propuesto examinar la relación entre los tres usos del término virtual y el fenómeno de la escritura. Tras esbozar algunas notas acerca de la relación entre la escritura y lo virtual en este tercer uso del término, y antes de retomar esta cuestión para plantear su relación con el fenómeno de la escritura electrónica o digital, retomemos por un momento la relación entre la escritura y lo virtual en su oposición tanto a lo real como

4 Nos referimos, por supuesto, a la lectura de textos de inspiración heideggeriana. A este respecto, no deja de ser significativo que Derrida, uno de quienes más han insistido en la pertinencia y necesidad de este tipo de lecturas que constatan la imposibilidad de una actualización plena del significado de un texto y la fertilidad filosófica de mostrar estas virtualidades no-actualizables de un texto, haya escrito que uno de los motivos que hoy permite este tipo de lecturas radique justamente en la inflación del «mensaje» en la «cibernética» así como «destrucción del libro» (como idea de una «totalidad natural» cerrada «profundamente extraña al sentido de la escritura») que «descubre la superficie del texto». Al respecto cfr. Derrida, J., *De la gramatología*, pp. 16 y 25 y, en general, todo el capítulo «El fin del libro y el comienzo de la escritura».

a lo presencial.

Ya hemos tenido ocasión de apuntar que es la escritura, en tanto que primera técnica de la información, quien inaugura o instituye, siquiera sea en germen, esta *telesociedad* o *telépolis* en la que hoy vivimos. Pues en efecto, es la propia escritura como tal la que establece la posibilidad de relacionarnos desde la distancia, desde la ausencia. A este respecto, cabe observar que la figura de un *cosmopolita doméstico* no es quizás tan novedosa como se ha dicho. Pues si una de las facultades esenciales de dicho cosmopolita doméstico, tal y como hemos visto que era presentado, radicaba en su posibilidad de tener discusiones eruditas sin salir de casa, sólo tenemos que pensar en las extraordinarias discusiones epistolares entre los grandes cerebros de la ciencia y la filosofía moderna. Y si lo decisivo radica en la posibilidad de conocer ciudades o civilizaciones lejanas sin salir de casa, es bien conocida la anécdota que cuenta que Kant era capaz de hablar con precisión inaudita de edificios o construcciones lejanas asombrando a sus interlocutores cuando confesaba no haber conocido jamás aquellos lugares más allá de lo que en los libros había podido leer. Así pues, es preciso observar que esta gran transformación *topológica* y *métrica* que hoy llega a límites insospechables a través de la red, y que tan concienzudamente analizan teóricos como Javier Echeverría, es constituyente de nuestra civilización desde sus orígenes mismos. El espacio de la cultura es, en este sentido, un espacio virtual de diálogo y relación entre personajes de otros lugares y otros tiempos, personajes ausentes, formando una comunidad puramente virtual.

Bien es cierto que esto no debe eximirnos, sino más bien al contrario, de reflexionar acerca de la especificidad de las formas actuales de escritura, de las técnicas o tecnologías modernas de la escritura. A este respecto, parecería insoslayable, por ejemplo, una reflexión acerca de la historia o incluso una fenomenología de los soportes de la escritura que saque a la luz las singularidades topológicas o incluso ontológicas de cada uno de ellos: las singularidades de la piedra, del papel, y sobre todo de los impulsos eléctricos que permiten tender hacia la inmediatez en la transmisión de la escritura y la infinitud de su copia y por tanto distribución.

Pero recordemos ahora que en el primer uso del término virtual que hemos presentado, dicho término servía para caracterizar una «pluralidad de objetos que, siendo tecnológicamente producidos, producen en los seres humanos impresión de realidad». En este uso, a lo virtual se le achacaba un carácter secundario, una falta de realidad substancial frente a un original o a una experiencia original de presencia plena, de trato con un objeto sustantivo pleno. A este respecto, no podemos olvidar que a lo largo de la tradición occidental, de Platón a Saussure, se ha interpretado en términos muy similares la relación entre la palabra hablada, la sustancia fónica, y su fijación técnicamente mediada en una superficie plana y fija, es decir, la escritura. A lo largo de esta tradición una y otra vez se ha repetido que la escritura no es sino una simulación técnica de un habla plena pero ya ausente en su reproducción técnica. La escritura no es sino una exterioridad ajena a

la palabra viva y hablada, una función secundaria e instrumental que sólo puede suplir, sustituir a una realidad substantiva ya ausente. Como se dice en el *Fedro* (275a) la aparición de la escritura supone la irrupción de una técnica artificiosa, una irrupción del afuera que corta la interioridad y presencia del alma en su relación directa consigo mismo. El *lógos* verdadero no es otro sino el hablado, aquel en el que tanto el que habla como el que escucha se hayan inmediatamente presentes, aquel que justamente esta ausente en la escritura, esto es, en aquello que pretende suplir esta ausencia. Aunque, como denunciara Saussure 2.500 años después, «la palabra escrita se mezcla tan íntimamente con la palabra hablada de que es imagen, que acaba por usurparle su papel principal» (Saussure 1945, p. 51). ¿Y acaso no es justamente éste el peligro frente al que se nos advertía en relación a las copias y simulaciones de la realidad virtual?

A este respecto, no deberíamos olvidar que no es sino una forma de escritura, la escritura digital, lo que está en la base y permite todos los desarrollos de la denominada *realidad virtual*. Esta nueva y singular forma de escritura no sólo permite como hasta ahora fijar en superficie bidimensional (y por tanto, según la observación de Gómez Pin, de forma asustancial o insustancial) la palabra hablada, sino que también permite la producción y reproducción de sonidos y, por tanto, la reproducción de la propia voz hablada por primera vez sin la presencia e inmediatez del propio hablante. Lo cual obliga, desde luego, a reflexionar acerca del lugar de esta escritura digital en la historia de la escritura, en la que hasta hace poco se decía que la escritura alfabético-fonética, frente a escrituras ideográficas o jeroglíficas, suponía el *telos* de toda escritura en la medida en que era en este tipo de escritura donde la escritura misma tendía a desaparecer en virtud de una representación fiel y casi transparente de la voz hablada misma. ¿Qué lugar ocupa aquí entonces una escritura que mediante la combinación de 0s y 1s no sólo consigue reproducir la voz y el tono del hablante, sino también su imagen e incluso, conforme a los más recientes y prometedores desarrollos tecnológicos, también su olor y su sabor?

Concluamos, por último, con una breve alusión a una de las nuevas modalidades de texto que hemos visto surgir gracias a las últimas tecnologías: el hipertexto. La singularidad fundamental de este tipo de textos radica en su ruptura con la estructura lineal y finita del texto clásico. Como es sabido, en un hipertexto cada palabra tiene la posibilidad de reenviar a una serie de informaciones o datos, a otros textos en definitiva, de modo que en cada *actualización* de la lectura de un hipertexto el recorrido que realiza el lector sigue una estructura diferente. Por otro lado, el hecho de que en el hipertexto todo texto remita a su vez a otros textos convierte la lectura de este hipertexto, en contraposición al carácter cerrado del libro clásico, en una actividad infinita. Ciertamente, en torno a la forma del hipertexto surgen multitud de preguntas relevantes⁵. Pero si tenemos en cuenta lo dicho

5 Por ejemplo, cabría preguntarse si la argumentación filosófica, acostumbrada hasta el momento a seguir un orden rigurosamente consecutivo y por tanto lineal en su argumentación

anteriormente acerca de lo actual y lo virtual en relación al acto de lectura, cabe plantearse si acaso el hipertexto no sea la forma por excelencia de ese tipo de lectura virtualizante que hemos defendido. Pues en efecto, el hipertexto parece reenviar de forma infinita a una serie de problemáticas y problemas implícitos que subyacen al texto actual. Y de hecho hoy en día son muchos los autores que defienden que esto es así. Sin embargo, frente a esto, es preciso considerar si acaso el hipertexto no supone sino una mera actualización, fijación y determinación de la posible virtualización de un texto, y por tanto su imposibilidad misma. De hecho, cabría preguntarse si acaso la figura del libro como una totalidad cerrada y finita de significantes no sea una condición necesaria para llegar a eso que hemos denominado el carácter virtualizante de una lectura. Pues la infinitud del hipertexto, la infinitud de hipervínculo, quizás no suponga sino una huída infinita de la única experiencia de la que quizás puede surgir una lectura profunda y rigurosa de un texto, a saber: la experiencia de chocar una y otra vez ante esa estructura total y cerrada de significantes, hasta llegar a comprender que para leer ciertos textos quizás lo primero es cuestionar un trasfondo de evidencias y certezas incuestionadas que uno trae consigo y desde el que la comprensión del texto sólo puede fracasar. Y esto, desde luego, poco tiene que ver con la persecución infinita del dato y la información. Pero en cualquier caso estos no son más que interrogantes que aquí querría dejar abiertos.

Bibliografía citada

- Deleuze, *Diferencia y repetición*, Madrid 1988.
- Derrida, J., *De la gramatología*, México 1984.
- Echeverría, J., *Telópolis*, Barcelona 1994.
- Echeverría, J., y Álvarez, J. F., «Nuevas metáforas. Telópolis y el tercer entorno», *Valores y ética en el tercer entorno*, Madrid 2000.
- Gómez Pin, V., «De la caverna platónica a Internet. Lo real y lo virtual», *Le monde diplomatique. Edición Española*, 131 (septiembre de 2006).
- Levy, P., *¿Qué es lo virtual?*, Barcelona 1999.
- Platón, *Fedro*, Madrid 1957.
- Saussure, F., *Curso de lingüística general*, Buenos Aires 1945.